



AVENTURAS DEL DUENDE MELODÍA

Alicia Morel

Zig-Zag

Para Manuel Peña,
mi amigo que ama
los hades, cariños -
ramente

Wlicia Gould

1994

AVENTURAS DEL DUENDE MELODÍA

Alicia Morel

Ilustraciones de
ELENA POIRIER





DELFIN VERDE
Desde 7 años

ISBN: 956-12-0860-1.
1ª edición: Abril de 1994.

© 1994 por Alicia Morel Chaigneaux.
Inscripción N° 89.308. Santiago de Chile.
Derechos exclusivos de edición reservados por
Empresa Editora Zig-Zag, S.A. Avda. Ricardo Lyon 1097.
Casilla 84-D. Teléfono 2047714. Fax 2235766.
Santiago de Chile.

Impreso por Salesianos. Bulnes 19.
Santiago de Chile.
Impreso en Chile. Printed in Chile.

ÍNDICE

Cosas del Duende Melodía	7
La extraña vecina	19
Día de lluvia en el bosque	27
El sombrero	39
El enanito de las flores	47
El Padre Río	57
Los reinos de la tierra	67
Un curioso robo	77
<i>Biografía breve de Alicia Morel</i>	91

Cosas del Duende Melodía

Había una vez una hormiga que, en vez de hablar, cantaba, y por esto se llamaba Hormiguita Cantora. Había también un duende que tenía el nombre Melodía, porque solía entonar unas canciones, aunque no muy afinadas.

Una hermosa mañana de primavera, mientras un aire de felicidad removía las flores y las hierbas, el Duende Melodía tenía la frente oscurecida por una gran preocupación. De puro nervioso, hablaba solo:

—¡Es algo increíble que esto me pase a mí! La única que puede ayudarme es la Hormiguita Cantora, pero no me atrevo a salir de mi callam-



pa. ¡Algo terrible pasaría! Voy a asomarme a mi ventanita a ver si alguien puede llevar mi recado al hormiguero... ¡Eh, Mariposa, acércate un momento!

La Mariposa se acercó, llena de curiosidad.

—¿Qué quieres, Duende Melodía? Te veo muy preocupado.

—¿Se me nota que estoy preocupado?

—¡Claro que sí! Te pusiste la gorra al revés y te abrochaste mal los botones de la chaqueta. ¡Te ves muy divertido!

—De veras. Pero no importa. Oye, Mariposa, haz el favor de decirle a la Hormiguita Cantora que necesito hablar con ella.

—¿Para qué, Duende? ¿Qué le quieres decir?

—Ya lo sabrás todo a su tiempo. ¡Apúrate, por favor!

—Sí, voy volando, volandoooo....

El Duende siguió pensando en voz alta:

—La Mariposa es demasiado curiosa y habladora. Por suerte, la Hormiguita Cantora es discreta, casi tanto como yo.



Una ronca risotada resonó a sus espaldas.

—¡Jo, jo, jo! ¡Un duende discreto! ¡Ju, ju, ju!

—Ahí está de nuevo el intruso riéndose de mí.

Oiga, ¿quién es usted?

—¡Nadie, nadie! ¡Jo, jo, ju, ju, ju!

—Siempre contesta que no es nadie. ¡Que esto me pase a mí, es increíble!

Desde hacía varios días, un ser invisible se había instalado en el hongo del Duende. Si nuestro amigo comía, el otro no tardaba en comerse las sobras. Varias veces le había deshecho la cama y también se había sentado en su silla de paja, cambiándola de sitio. Todo había comenzado después de una noche de lluvia, de esas que hacen crecer las hierbas y madurar las semillas. En la casa del Duende estaban pasando cosas de duendes. Era una situación rarísima. Mientras esperaba a la Hormiguita, el afligido Melodía se puso a revisar los rincones, aunque no había muchos, porque los hongos son redondos. Tres golpes en la puerta le anunciaron la llegada de su amiga.

—¡Hormiguita, qué bueno que viniste pronto!



—Tan rápido vine,
que estoy sin aliento.
Dime qué te pasa
y cuál es el cuento.

—Yo también vine, Duende Melodía —ale-
teó la Mariposa frente a la puerta.

—Sí, Mariposa, muchas gracias. Pero entra,
Hormiguita.

—¿También puedo entrar yo, Duende? —in-
sistió la Mariposa.

—No, lo siento, amiga. Espera un ratito por
ahí cerca.

—Bueno, voy a esperar dentro de una flor.

Mientras la Mariposa revoloteaba de una flor
a otra, impaciente, el Duende contó su secreto a la
Hormiguita.

—Me pasa algo terrible: ¡en mi casa hay un
duende!

—Eso no es terrible
y no me sorprende,
siempre en tu casa
ha vivido un duende.



—No, Hormiguita, no te rías. Otro duende vive conmigo desde hace varios días. Ha dormido en mi cama, el muy sinvergüenza. Y se come todo lo que me sobra.

—Y ¿qué cara tiene,
se puede saber?

Cara conocida
no es de temer.

—¡Eso es lo peor! Este duende no tiene cara.

—Que no tiene cara,
eso habrá que ver.
Si come, si duerme,
cara ha de tener.

—Tienes razón, Hormiguita. Si come y duerme, tiene cara. Por lo menos tiene ojos y boca.

Apenas el Duende dijo estas palabras, se oyeron de nuevo las carcajadas del alojado invisible.

—Ahí está de nuevo el intruso —exclamó el Duende—. No me deja en paz con sus burlas.

—Por aquí, por allá,
no se ve, siempre está.

Por allí, por acá,
quién será, quién será.

—¡Nadie, nadie! —volvió a contestar el desconocido, ahogándose de risa.

Entonces la Hormiguita hizo un gran descubrimiento:

—Duende Melodía,
“Nadie” es el nombre
de este bicho raro,
aunque tú te asombres.

—Tienes toda la razón, amiga mía. “Nadie” es el nombre de este bicho. ¡Y tiene cara! Pero ¿dónde se habrá escondido?





Los dos amigos se pusieron a revisar cuidadosamente las paredes del hongo. Las delicadas antenas de la Hormiguita eran capaces de sentir lo invisible. Mientras tanto, al lado afuera de la callampa, la Mariposa, balanceándose sobre una flor, comunicaba a todo el que pasaba junto a ella que al Duende le sucedía algo raro.

—Oye, Chinita, fíjate que sé una cosa muy misteriosa.

—¿Qué cosa, Mariposa?

—Adentro del hongo están el Duende y la Hormiguita, y ellos son los que saben una cosa.

Un sapo dejó de saltar al oír que sucedía algo raro.

—¿Qué pasa, Mariposa, se puede saber?

—Bueno, yo no sé, pero algo muy misterioso está pasando ahí adentro, en la casa del Duende.

En eso se acercó un grillo por tierra y una abeja por el aire y varios bichos más. Una multitud de alados y patudos rodeó el hongo y la curiosidad creció como un globo que se llena de aire. Uno de ellos preguntó:



—¿Se podrá mirar por la ventana?

La Mariposa se escandalizó:

—No, sería una indiscreción.

Al decir esto, la Mariposa empezó a revolotear de nuevo en torno a la callampa, con las antenas temblorosas de curiosidad. Los bichos la seguían con la mirada por si averiguaba algo, pero la única ventana estaba con las cortinas corridas. Lo que pasaba dentro del hongo era aún más misterioso. Mientras el Duende y la Hormiguita miraban debajo de la cama, se oyó un golpe y el intruso gritó:

—¡Se me cayó la miel! Ju, ju, ju.

Así era. Las hojas en que el Duende envolvía un poco de miel, estaban desparramadas y el suelo con una gran mancha del pegajoso alimento.

—Ay, ¡mira lo que ha hecho ese bandido!

—lloriqueó Melodía, pasando un dedo por la miel.

La Hormiguita aprovechó para llenarse el buche y entonces se le ocurrió una idea:

—La guatita llena
me trajo una idea
muy buena, muy buena.



—Dímela antes que se te olvide.

La Hormiguita se acercó a su amigo y le sopló con entonados cuchicheos la idea que se le había ocurrido: se trataba de hacer un incendio de mentira, para que el intruso saliera del hongo por miedo a quemarse.

El Duende susurró:

—Mi brasero tiene fuego: será fácil inventar un incendio.

Con gran disimulo, el Duende buscó en su leñera unos palos y unas hojas verdes y las echó al brasero, formando una espesa humareda que llenó el hongo. Sin perder tiempo, los dos corrieron a la puerta gritando:

—¡Incendio, incendio, ay ay ay, se quema, se quema! ¡Traigan agua, socorro, socorro, se quema, ay ay ay!

Al ver el humo y oír los gritos, los bichitos corrieron a buscar agua y cada uno acarreó una gota de la charca de los sapos; la Mariposa aleteaba tratando de apagar el fuego, con lo que salió más humo.



El falso incendio demoró poco en extinguirse. Entonces el Duende explicó entre risas:

—No fue un incendio de verdad. Era broma que se quemaba mi casa.

Antes que ningún bicho reclamara, se oyó un chillido de rabia.

—¡Una broma! ¡Y yo creí, el muy tonto! Nunca me perdonaré haber salido de tan magnífico hongo!

El que así protestaba era un delgado gusano que se retorció de furia en el suelo. Al verlo, el Duende se le fue encima:

—¡Ah, eras tú, Gusano, el infame que quería echarme de mi propia casa! ¿Dónde te escondías, bandido?

—Me escondía entre las paredes, que estaban sabrosas y tiernas para mis viejos dientes.

—¡Te estabas comiendo mi hermosa callampa! ¡Te voy a aplastar, gusano malvado!

Antes que el Duende lo alcanzara, el gusano Nadie hizo un rápido movimiento y se hundió en la tierra sin dejar rastro. Todos se quedaron mirando



el sitio por donde había desaparecido. Entonces la Hormiguita comentó con malicia:

—Yo tengo un duende amigo
que siempre me sorprende,
porque en su casa pasan,
pasan cosas de duendes.

Hasta Melodía rió de felicidad, en compañía de sus numerosos amigos, porque ahora no había más duende que él viviendo en su hermosa casa.

La extraña vecina



Una mañana, muy temprano, el Duende Melodía se paseaba inquieto frente a su casa. Tirándose la barba, murmuraba con preocupación:

—¿Y si la nueva vecina es una bruja?...

Acompañaban al Duende en su paseo, la Torcaza y la Ranita.

—¿Y si la nueva vecina es una bruja?... —repetían.

La causa de tanta intranquilidad era el nuevo hongo que había aparecido junto al que le servía de casa al Duende. Es sabido que en las callampas habitan seres mágicos. Nadie podía adivinar si en la que venía saliendo habitaba una bruja, un hada o algún otro duende.



La Torcaza decidió consultar al señor Tordo, profesor del bosque. En el nido, el Tordo tenía una vieja enciclopedia. Tratando de parecer culta, la Torcaza preguntó en verso:

—Señor Tordo negro,
me alegro de verlo.
¿Podría decirnos
si el nuevo vecino
será alguna bruja
o algún duende fino?

El Tordo abrió la enciclopedia y, después de dar vuelta muchas páginas, contestó:

—Crecerá la callampa,
crecerá, crecerá...
y ese nuevo vecino
¿quién será, quién será?

La Torcaza se sintió muy informada y voló a contarle a su amiga lo que había averiguado. Después de escuchar con atención el anuncio del Tordo, la Ranita comentó haciendo girar sus ojos:

—Eso que ha dicho el Tordo, si no estuviera en verso, sería una gran tontería.



Las dos, una volando y la otra saltando, se acercaron a mirar la nueva callampa.

—¿Qué será, qué será? —se preguntaban en secreto.

El Duende Melodía hablaba y suspiraba de puros nervios:

—Si me toca de vecino un duende peleador, tendré que mudarme. Si en el hongo nuevo viene una bruja, tendré que arrancar ligero, sin llevarme ni siquiera una muda de ropa. Ay, ¿dónde encontra-



ré otro hongo tan lindo como éste, con techo rojo y con chimenea chueca? Ay, ay...

En esto, se oyó un fuerte crujido y en la nueva callampa se abrió una puerta como un resorte. Todos lanzaron un grito, pero luego se quedaron mudos al ver salir un par de zapatos viejos, unas chancletas que huían saltando entre las hierbas. De atrás apareció una viejecita que chillaba:

—¡Atajen mis zapatos, ay, no puedo correr a pie desnudo!

El Duende alcanzó los zapatos antes que se perdieran de vista y se los pasó a la extraña vecina, que se los puso dando suspiros de alivio.

—¡Qué felicidad! Ahora puedo caminar, bailar, brincar.

Y todo esto iba haciendo la viejecita con una agilidad increíble. El Duende la miró un rato y se presentó delicadamente:

—Respetable señora, yo soy el Duende Melodía y vivo en la callampa del lado.

—Y yo, soy la bruja Picarona y vivo en la callampa de ningún lado, ji ji.

El Duende, la Ranita y la Torcaza dieron un salto atrás.



—¡Picarona y bruja! ¡Qué horror! —gimió el Duende.

—¡Qué horror! —repitieron las otras dos.

—Yo no soy bruja, soy una brujita y hay una gran diferencia —corrigió Picarona.

Diciendo esto, se metió en su casa y cerró la puerta. Antes que nadie alcanzara a respirar, la nueva callampa empezó a dar vueltas y como tornillo se hundió en la tierra limpiamente. Todos lanzaron otro grito, pero tuvieron que tragárselo, porque la callampa apareció un poco más allá, junto a unas flores. La brujita salió con una regadera y se puso a echar agua a las plantas murmurando:

—Corrí la casa más acá porque me gustan mucho las flores.

—Si le gustan las flores, es buena —exclamó el Duende con alivio—. Pero si le gusta la música, es perfecta.

Sacó de su bolsillo la flauta con que solía cantar sus tardes. A los primeros compases, la brujita dejó la regadera, se metió en la casa y con callampa y todo se trasladó con suma ligereza, esta vez por encima de la tierra, hacia el lugar donde sonaba la música. Se puso a bailar locamente, lo que ale-



gró tanto al Duende, que improvisó rondas, polcas, vales y otros ritmos modernos. La Ranita y la Torcaza se entusiasmaron; mientras una daba bote sobre su panza, la otra aleteaba como remolino. El Duende tocó hasta que Picarona cayó sentada al suelo.

—¡Usted es buena! ¡Le gustan las flores y la música! —gritó el Duende.

—No, no soy buena, lo que pasa es que estoy recién nacida —contestó la brujita.

La Torcaza y la Ranita se toparon ala con pata, mientras comentaban riendo:

—Dice que es recién nacida y parece una vieja, requetevieja. Debe ser porque es bruja.

Picarona pidió más música:

—¡Quiero seguir bailando hasta la medianoche! —gritó.

Pero entonces las chancletas crujieron y de un tirón se salieron de los pies de la extraña vecina, huyendo entre las malezas a grandes trancos mientras se quejaban:

—Estamos cansados, ya no damos más, no queremos estar en los pies de esta bruja.

Llamando a sus zapatos con desesperación, la





viejecita echó a correr detrás de ellos hasta perderse de vista. Ante el asombro de todos, partió también, muy apurada, la nueva callampa.

Largo rato, el Duende, la Ranita y la Torcaza esperaron que Picarona regresara. Cuando oscureció, cada uno se fue a su casa, desilusionado.

Hasta el día de hoy, la brujita no ha vuelto ni se ha sabido de ella. La Torcaza consultó al Tordo y sólo pudo saber lo siguiente:

—Volverá la brujita,
volverá, volverá,
pero el día que vuelva
¿cuál será, cuál será?

La Torcaza y la Ranita se sintieron satisfechas con estas sabias y esperanzadas palabras. Pero el Duende Melodía no quedó muy tranquilo, porque tener de vecina a una bruja o a una brujita es de todas maneras inquietante.

Por eso despierta temprano y revisa los alrededores, temiendo que aparezca la callampa corredora, o que se oigan los crujidos de los viejos zapatos de Picarona.

Día de lluvia en el bosque



La lluvia y el viento jugaban en el bosque. Subían, bajaban, danzando y girando alrededor de los viejos troncos sin cansarse jamás. Entre las hierbas, brillaban collares y diademas, y el gotear del agua producía un misterioso rumor. Al pie de un árbol se alzaba el hongo rojo del Duende Melodía. El anciano Duende se vio obligado a mover su cama, porque caía justo una gotera sobre la almohada. Como siempre, hablaba solo.

—¡Uf, hay que cambiar de lugar esta cama! ¡Qué pesada está! Listo, ya la corrí. Pondré mi cerola en la gotera. ¿En qué voy a cocinar ahora?

Nadie le contestó, por cierto; sólo la gotera



hizo “glib, glob, glib, glub, glub” al chocar con la olla. Al poco rato empezaron a caer gotas sobre la mesa.

—¡Se me está lloviendo toda la casa! Tendré que recoger el agua en mi plato hondo. ¿En qué voy a comer ahora?

La segunda gotera le contestó: “trip, trap, trip, trap”. Al oírla, el Duende se puso a reír:

—Con esta música puedo bailar: “Glib, glob, trip, trap, glob, glub, glub, trip, trap”.

Dio varias vueltas por la habitación y, como era redonda, se mareó y cayó sentado al suelo, lo que le dio más risa. En esto, oyó unos delicados golpes en la puerta.

—Parece que alguien viene a visitarme. ¿Quién podrá ser en un día como éste?

Al abrir la puerta, se encontró con la Mariposa.

—Pero ¿qué estás haciendo afuera con este diluvio? —exclamó al ver a su amiga chorreando agua.





—Se me deshojó la flor en que vivía y... y...

La Mariposa se puso a llorar, con lo que quedó aún más mojada.

—Por favor, entra, Mariposa, pero no sigas llorando, mi casa se va a inundar.

—Se me destiñeron las alas con la lluvia. ¡Mira, parecen sábanas!

Al extender sus alas, la Mariposa se puso a llorar con más fuerza.

—No llores, que me da mucha pena a mí también. La lluvia terminará pronto y, con el sol, volverán los colores de tus alas, te lo prometo.

El Duende buscó un poco de azúcar en su alacena y se la dio a chupar a la Mariposa, para consolarla.

—Gracias, me siento mejor —dijo ella con una pequeña sonrisa.

—Parece que ya no llueve tanto. La gotera está disminuyendo.

En ese momento llegó la Hormiguita Cantora, protegiéndose de la lluvia con un paraguas de hojas secas.



—Duende Melodía,
te vengo a avisar
que un bello arcoíris
se ve por allá.

—¿Un arcoíris? ¡Qué buena noticia! Hace años
que no he visto uno —exclamó el Duende abrien-
do la puerta.

Detrás salió la Mariposa, sin acordarse de sus
alas desteñidas. La Hormiguita cantó:

—El arcoíris cruza
el cielo como un puente
y cuando el viento sopla
se cimbra suavemente.

Los tres fueron a mirar el arcoíris que brillaba
sobre las ramas del bosque. Al ver los hermosos
colores, la Mariposa gritó:

—¡Ésos son los colores que me robó la lluvia!
Tengo que llegar al arcoíris para pintarme de nue-
vo las alas.

—Pero, Mariposa, eso está muy lejos, no lle-
garías nunca —advirtió el Duende.



Una voz suave cayó desde arriba:

—No, no está muy lejos. Yo conozco el camino, pero no puedo ir.

El Duende miró a quien hablaba y se encontró con la cara abierta de la señora Girasol.

—¿Cómo lo sabes, si no haces más que dar vueltas la cabeza todo el día?

—Lo sé, porque miro el sol y conozco los caminos del cielo. Para llegar al arcoíris sólo hay que caminar.

—Ésa no es ninguna novedad —rió el Duende—. De todas maneras, gracias, Girasol. Nos pondremos en camino y te traeremos un poco de colorite.

—Yo te lo traeré en mis alas —prometió la Mariposa.

Al oírla, el Duende volvió a su casa y echó en una bolsa sus botellas de cristal para guardar los colores.

Por fin se pusieron en camino. La Mariposa iba volando delante de ellos, sin avanzar mucho, porque todo le llamaba la atención y se detenía en



cada flor que hallaba. En un prado verde encontraron al señor Caracol, que al saber que iban hacia el arcoíris, quiso añadirse a la aventura.

—Les ofrezco mi carruaje para que no se fatiguen —dijo con su mejor sonrisa.

Agradecidos, el Duende y la Hormiguita treparon sobre la casa del Caracol. Conociendo su lentitud, la Hormiga le aconsejó:

—Tenemos que apurarnos,
amigo Caracol,
antes que el arcoíris
se vaya con el sol.

El Caracol tomó impulso y partió con su mejor ritmo en dirección al arcoíris. Las flores que los veían pasar les pedían colores nuevos y frescos. Un Escarabajo negro decidió ir con ellos a ver si lograba teñir sus pesados élitros. Al comienzo, la Mariposa se molestó con el zumbido que hacía el Escarabajo al volar, pero pronto se acostumbró.

—¿Cuál es el color que te gusta? —le preguntó.

—El tomasol, porque es una mezcla de los colores del arcoíris.

—Yo voy a pintarme con los siete colores, para verme linda otra vez —aseguró la Mariposa.

—¿No crees que eso es demasiado vistoso?

—¡Quiero ser vistosa!

—Mmm, puede ser peligroso...

La Mariposa nunca supo cuál era el peligro de llamar la atención, porque en ese instante el Caracol interrumpió su diálogo con el Escarabajo.

—¡Qué vanidosos son ustedes! Les ruego no hablar tanto, porque me marean.

—¿Acaso tú no vas a pintar tu casa negra de algún color? —preguntó la Mariposa, algo picada.

—Estoy satisfecho tal como soy —contestó el Caracol con impaciencia.

—¡Eso sí que es ser vanidoso! —interrumpió el Escarabajo.

Viendo que la discusión iba en aumento, el Duende trató de calmarlos.

—Todos somos vanidosos. No sigan discutiendo sobre los colores, porque nunca se van a poner de acuerdo. Los gustos son diferentes.

—Es cierto, sigamos avanzando. El arcoíris se



ve siempre a la misma distancia, por más que camino —dijo el Caracol.

Así era. El arcoíris se iba alejando a medida que el Caracol se esforzaba y la Mariposa y el Escarabajo volaban. Entonces la Hormiguita tuvo una idea:

—Cazar el arcoíris
es lo que hay que hacer,
con una cuerda larga
lo podemos coger.

—¡Claro, tenemos que cazarlo! —gritó el Duende.

Sacó de sus bolsillos llenos de magia un lazo que, al tirarlo, se alargó, se alargó sujetando un extremo del arcoíris. El Duende lo amarró a una hierba para que no se escapara.

Al ver el arcoíris a su alcance, el Caracol se detuvo, maravillado; la Mariposa temblaba de emoción moviendo sus alas desteñidas y el Escarabajo se mordía una pata de nervios.

—¡Apúrense, el arcoíris puede desaparecer en cualquier momento! —gritó el Duende, corriendo



hacia los colores con sus frascos de cristal. La Hormiguita le ayudó a llenarlos.

Los demás los siguieron, atropellándose. Una lluvia de luz cayó sobre ellos, tiñéndolos de verde, de rojo, de azul, de amarillo y tornasol. La Mariposa bailaba borracha de colores.

—¡Miren, miren mis alas! ¡Ahora tengo más colores que antes! —reía, girando para que todos vieran su hermosura.

El Caracol no quiso acercarse al arcoíris para no perder su seriedad. Sin embargo, no pudo evitar que una fina hebra de oro se enroscara en la espiral de su concha como una condecoración.

Cuando más felices estaban, los cubrió una lenta sombra. La Mariposa se asustó:

—¿Qué pasa que se pone oscuro?

—Se va el arcoíris y también la lluvia —explicó el Duende. Nadie alcanzó a sentir pena, porque los colores nuevos de sus ropajes centelleaban, llenándolos de alegría. El Duende y la Hormiguita agitaron las botellas de cristal y el camino de regreso se llenó de luces. El desfile atravesó el bosque



de hierbas, causando admiración entre los insectos del anochecer.

A la mañana siguiente, la Mariposa no olvidó llevar a la señora Girasol el colorete prometido. El Duende acarreó sus botellas y pintó las flores con las gotas luminosas del arcoíris.

Un curioso robo



Hace muchos años, hubo en el bosque un robo famoso que nunca se olvidó. Fue tanto, que en los libros del Duende Melodía, donde están anotados los sucesos importantes, se habla del tiempo antes del robo y después del robo. Por ejemplo, se dice: “Antes del robo, las culebras andaban paradas”. Esto no es así, claro, porque se trata sólo de un ejemplo. La historia empezó una mañana a fines de primavera. La Codorniz saltó del nido bajo los matorrales y se puso a piar con fuerza:

—¡Prrr, prrr! ¡Oigan, oigan todos! ¡En mi nido puse seis huevos blancos, jaspeados, maravillosos! ¡Ninguna Codorniz ha puesto jamás unos huevos



tan hermosos como éstos! ¡Vengan a verlos! ¡Prrr, prrr!

Como la Codorniz del cuento era joven y ponía huevos por primera vez, exageraba un poco. A sus llamados, acudieron la mayoría de los pájaros que vivían en los viejos robles y pasaron revista a los huevos. El Chincol y la Torcaza tuvieron que reconocer que eran extraordinarios para una primeriza. A pesar de que las aves no necesitan preocuparse de su alimento y son livianos como sus vuelos, al ver los hermosos huevos de la Codorniz, sintieron esa incomodidad del corazón que se llama envidia. La futura madre, viendo el brillo celoso de algunas miradas, se sintió tan contenta, que abandonaba el nido con demasiada frecuencia en su afán de que todo el mundo acudiera a mirar los famosos huevos. Fue tanto, que el padre Codorniz, cuidadoso y preocupado de su descendencia, se instaló en una rama cercana a cuidar el nido.

—Querida, no hagas tanta propaganda, alguien puede sentir la tentación de robarse uno de los huevos —advirtió varias veces a su esposa.





Pero ella movió la cola y continuó con su bulliciosa publicidad.

—Quiero que todo el mundo me tenga envidia, prr, prr —pió sin ninguna cautela.

El Duende Melodía hizo una visita especial al hogar de las codornices.

—¡Qué hermosura! —exclamó sinceramente—. En mis cincuenta años de vida, nunca había visto algo tan perfecto. Te aconsejo no alejarte tan a menudo del nido; los huevos pueden enfriarse y ponerse hueros.

—¡Qué ocurrencia! No soy tan tonta —aseguró ella.

—Te recomiendo estar tranquila y más callada, no vaya a ser cosa que la culebra oiga que tienes seis hermosos huevos y venga a robártelos.

—Mi marido tiene buena vista y buen oído, y está atento vigilando desde la rama —aseguró ella sin inquietarse.

El último visitante fue el Cururo. Nadie imaginaba aún la importancia que muy pronto iba a tener. Pasaron los días. Faltaba poco para que sa-



lieran los polluelos y la Codorniz, como toda madre, se sentía impaciente por ver a sus hijos piando a su alrededor. Sin embargo, no perdía la mala costumbre de abandonar el nido por ratos cada vez más largos, a pesar de todas las advertencias. Una tarde, poco antes de la caída del sol, los pájaros de los robles interrumpieron su costumbre de discutir antes de acostarse, al oír unos chillidos desesperados.

—¡Ay, me han robado! ¡Mis huevos no están, ay, ay!

La Codorniz piaba de modo tan lastimero, que no sólo los pájaros sino hasta las lagartijas acudieron a ver qué sucedía.

—Fui a dar una vuelta por la charca de los sapos y, al volver, el nido estaba vacío —gimió la desesperada madre.

Papá Codorniz regresó al poco rato de los trigales, donde había comido hasta hartarse, y reprendió a su esposa.

—Te advertí que no te levantarás, porque me tocaba comer, pero no hiciste caso. Ahora, de nada



vale lamentarse. Hay que buscar lo más rápido posible al ladrón.

Las aves del bosque partieron en desbandada hacia distintas direcciones, la mayoría por aire. Los angustiados padres, al tener vuelo corto, iban por tierra, escarbando entre los matorrales, siguiendo cualquier rastro. Temían con razón que la culebra hubiera robado los huevos. Sin darse cuenta, llegaron al hongo del Duende Melodía.

—El Duende puede ayudarnos; es muy viejo y nos aconsejará bien —dijo la Codorniz.

Tenía razón. El Duende se hizo cargo del asunto aconsejando tranquilidad:

—Hay que hallar los huevos antes de que oscurezca. Para eso, tenemos que contratar al Cururo, que tiene buen olfato y conoce todos los caminos del bosque.

Sin tardanza, los tres acudieron a la cueva del Cururo, que se preparaba para su ronda nocturna.

—Conque se robaron los hermosos huevos —sentenció—. Lo mejor será seguir el rastro des-



de el mismo nido, porque ahí está el olor del ladrón.

—Muy inteligente —comentó el Duende.

El Cururo llegó al nido antes que nadie y empezó a oler cada ramita, cada brizna de pasto, con gran dedicación. Sin decir palabra, con la nariz al viento, empezó a alejarse lentamente, como si viera un camino. El Duende y las codornices lo siguieron en el mayor silencio, obedeciendo al rastreador, que les advirtió que cualquier ruido podía alertar al ladrón. Caminaron paso a paso bajo espesos matorrales. Las codornices se sintieron desorientadas, sobre todo porque pronto se hizo oscuro.

—No podemos seguir, los esperaremos por aquí —dijo el padre, acurrucándose en el suelo, lo que imitó su esposa.

—A pesar de mi pena, se me cierran los ojos con la oscuridad —pió.

El Cururo comentó:

—Es mejor que se hayan quedado por el camino: me siento más libre para buscar.



—¿No te molesta si continúo? Mis ojos ven en la noche y conozco a todos los habitantes del bosque —dijo Melodía.

—Tu compañía es la única que acepto. Puedes subirte a mi lomo. Cuatro ojos ven mejor que dos.

Al poco rato, sintieron ruido de conversaciones.

—Parece que nos acercamos a la guarida del ladrón —dijo el Duende.

—El que haya sido, trazó tantas huellas, que seguirlo es perderse en un laberinto. No creo que lo encontremos esta noche.

El alba los encontró sin ubicar los huevos de la Codorniz.

—Esto no significa que hayamos fracasado: sólo habrá un poco de demora —dijo el Cururo, que por ser animal nocturno no podía continuar la búsqueda hasta el atardecer.

Transcurrieron tres días de inútil rastreo. Las codornices buscaban durante las horas de luz y casi habían perdido la esperanza de hallar los famosos



huevos. Los pájaros de los robles ya no colaboraban, olvidados de la pena de sus amigos, como si fuera una noticia vieja. Sólo el Duende y el tenaz Cururo no se dieron por vencidos.

—Estoy seguro de que hallaremos los huevos intactos, porque tengo identificado al ladrón —afirmó el Cururo.

—¿Quién es? ¿Acaso lo conozco? —quiso saber Melodía.

Pero el Cururo guardó el secreto, como todo buen detective. Al terminar la tercera noche, el ratón del bosque anunció con una risita entre dientes:

—Creo, amigo Duende, que vas a llevarte una gran sorpresa.

Pronto se encontraron ante una madriguera que el Duende al comienzo no recordó, no tanto por olvido, como por no querer reconocerla.

—¿Acaso es ésta la madriguera del ladrón? Pero ¿no vive aquí mi amigo Buendiente?

—Sí, aquí vive el ladrón de los huevos —afirmó brevemente el Cururo.

—Creo que te has equivocado, te falló el olfa-

to. ¿Para qué va a querer un conejo unos huevos de codorniz?

—Eso es lo que vamos a averiguar. Ten paciencia.

En ese momento lo que menos tenía el Duende era paciencia. El Cururo se acercó a la boca de la madriguera:

—¡Eh! ¡Que se asome el dueño de casa!

—Voy saliendo —contestó una alegre voz.

Apareció el Conejo Buendiente con un semblante tan tranquilo y una sonrisa tan abierta, que nadie habría pensado que se trataba de un peligroso ladrón. A Melodía, por lo menos, le pareció completamente inocente de lo que se lo acusaba. Pero el Cururo se adelantó.

—Dime, ¿qué hacías en el bosque, hace tres días, al atardecer?

—¿Cómo quieres que lo recuerde? Creo que dimos un paseo con mi señora, para refrescarnos. ¿Por qué me lo preguntas?

—Es muy importante que digas exactamente



lo que hiciste. No creo que lo hayas olvidado, Buendiente.

—Sí, tienes razón. Te lo contaré siempre que no te rías.

—No creo que sea para la risa. Todo el bosque ha estado preocupado por ese asunto —dijo el Cururo con seriedad.

—¿Ese asunto? Es algo que nos pasó a mi esposa Clarita y a mí, que no interesa a nadie más. Esa tarde, como aún había mucha luz, caminábamos tranquilamente bajo los olorosos matorrales, cuando de pronto Clarita dio un chillido de asombro. Fui a ver qué había descubierto y contemplé un nido abandonado donde brillaban como joyas seis hermosos huevos jaspeados. Mi mujer quiso llevárselos a la madriguera, aunque le advertí que era posible que pertenecieran a alguien. Esperamos un rato, escondidos entre las ramas, pero como no vino nadie, los trajimos con mucho cuidado a la madriguera.

—Tal como lo imaginaba —exclamó el Cururo—. Tienes que devolver los huevos —inte-

rumpió el Duende Melodía, impaciente—. Pertenecen a la señora Codorniz, que lleva tres días llorando por ellos.

Buendiente guardó un avergonzado silencio. Después de un rato de gran suspenso, el Conejo continuó:

—No puedo devolver los huevos, porque ya no existen.

—¿Cómo? ¿Se quebraron? —gritaron casi al mismo tiempo Cururo y Duende.

—No, no, es algo peor...

—¿Peor?

—Anoche los polluelos picaron las cáscaras y salieron —reveló Buendiente con lágrimas en los ojos—. Es terrible, nunca se ha oído que los conejos tengan polluelos. Clarita, mi mujer, está desesperada; dice que no podrá mirar nunca más a sus amigas, que la creerán anormal.

Una gran carcajada fue la respuesta de los detectives. El Conejo los miró con enojo al ver que no paraban de reír, tirándose al suelo y dándose palmadas en las rodillas.



—Dijeron que no era para la risa —alcanzó a decir.

Los amigos celebraron con más ganas las preocupadas frases de Buendiente, hasta que se cansaron. Por fin el Cururo pudo hablar:

—No te preocupes por los polluelos; nosotros se los llevaremos a su madre y todo quedará en paz.

En eso se asomó Clarita, seguida por los recién nacidos, que piaban a su alrededor creyéndola su madre.

—¿Es verdad que ustedes se llevarán los polluelos? Ni siquiera sé cómo alimentarlos. Me alegro de que ustedes se encarguen de ellos, aunque me caen simpáticos.

La señora Buendiente se veía tan aliviada, que Cururo y Duende volvieron a reír, aunque con más moderación. Sin demora, rodearon los pollos y los guiaron hasta el nido de la Codorniz. Al comienzo, la nueva madre no entendía cómo los huevos se habían transformado en inquietos y bulliciosos pollos, pero papá Codorniz le explicó que se trataba de sus hijos. A ella le costó entender.



—¿Cómo unos huevos tan hermosos pudieron transformarse en estos pollos sin plumas y sin gracia?

—Con el tiempo se pondrán hermosos, te lo aseguro —trató de convencerla el Duende.

Los polluelos se pusieron a piar de hambre, y la Codorniz, olvidando las penas y la fealdad de los recién nacidos, se apresuró a buscarles alimento, sintiendo que su corazón se iba llenando del más tierno amor por sus flacuchentos y desamparados hijos.

El Duende invitó al Cururo a celebrar el feliz término del extraño robo, que al fin y al cabo no fue robo de verdad.

Biografía breve de Alicia Morel

Nació un 26 de julio. Su madre la encontró muy fea; era su primer hijo y tenía otra idea de los recién nacidos.

Cuando tuvo tres meses, la dejaron bajo la higuera que daba sombra al tercer patio de la casa de los abuelos; pescó un buen resfrío; algunos pensaron que bajo el árbol mágico que florece en la noche de San Juan, adquirió también la costumbre de contar cuentos.

De pequeña, Alicia estaba convencida de que las casas volaban. Se contó una historia cuando oyó decir que si se reventaba el calentador del agua, la casa volaría. Una mañana de niebla en que el mundo exterior había desaparecido, creyó que la casa estaba entre las nubes, flotando. Le pareció normal que nadie comentara algo que se daba por hecho. Lo natural era que las casas volaran y luego descendieran con lentitud en el sitio acostumbrado.

Un segundo cuento se refería a los temblores. Imaginó unos grandes pájaros oscuros que avanzaban por el



cielo para mover la casa. Asomábase a las ventanas con su hermano pequeño y con nerviosos gritos anunciaban “¡Allá vienen los temblores!” Por cierto, nadie les hacía caso; pero algunas noches las ventanas y las puertas golpeaban ruidosamente, mientras la casa iniciaba una danza bamboleante. Los mayores se asustaban mucho; los niños también, pero no de los temblores, sino del susto de los grandes.

A medida que fue creciendo, le sucedieron algunas magias. Solía entrar a unos templos chinos tallados en el tarjetero de marfil que tenía su madre encima de una mesa. Los templos subían y bajaban colinas, y unos monjes se acodaban en las ventanas bajo delicados sauces. Nadie le impidió entrar a los oscuros recintos de los dioses chinos.

Una mañana muy temprano, brotó de su sueño un ave de brillantes colores que picoteó el suelo, al pie de su cama, durante largo rato. Alicia no se atrevió a levantarse para que no escapara como los pájaros de los jardines. El ave misteriosa desapareció cuando abrieron los postigos de la ventana.

Varios hechos influyeron en su imaginación: un eclipse de sol en medio del campo, que hizo salir estrellas y silenció a los pájaros. Sopló un aire frío y una oscura amenaza bajó del cielo. Descubrió que la noche del sol podía ser definitiva; en cambio, la noche de la tierra

estaba llena de ojos brillantes, cantos de grillos y sapos, lejanos ladridos. Si uno tenía miedo a causa de la profunda oscuridad de las noches de antaño, venían personas mayores con una luz o alzando una vela sobre sus cabezas, haciendo huir grandes sombras por las paredes.

Las ceremonias de la naturaleza se celebraban en familia: puestas de sol, salidas de la luna, contemplar estrellas y saber sus nombres, gozar con el cambio de las estaciones.

Ningún juego actual iguala a la maravilla de saltar y esconderse en los filos de paja, esas montañas doradas que permanecían en los campos luego de la cosecha de trigo; ni al juego de colocar paralelos los espejos de un gran ropero que, al enfrentarse, creaban un pasillo infinito. ¿Qué de sueños no tuvo Alicia, viendo repetirse su imagen y la de los espejos hasta oscurecerse? Ella sabía que continuaban más y más allá.

Los miedos también fueron distintos: historias de aparecidos y ánimas en pena se contaban al llegar la noche. Los niños soñaban con fantasmas que los perseguían, sufrían pesadillas semejantes a las que ahora provocan las imágenes de la televisión. La diferencia estaba en que cada niño creaba sus propios fantasmas, que más tarde podía domesticar. Desde que Alicia leyó en el *Tesoro de la Juventud* sobre Pompeya, la ciudad sepultada por la lava y la ceniza del Vesubio, tuvo un temor constante a



los respetables volcanes chilenos. A comienzo de los años treinta, entraron en erupción los de la zona central, produciendo temblores suaves que durante la noche estremecían las puertas, como si todas las ánimas en pena hubieran salido de los cementerios a rondar a los vivos. Días y noches de terror. Una mañana, en el colegio, Alicia vio cubrirse el patio de baldosas rojas con una leve capa de ceniza, traída por el viento. Fue su Pompeya.

En 1940 publicó el primer libro, gracias a su padre y a un amigo mayor que lo sugirió: *Juanilla, Juanillo y la Abuela*. Contiene las alegrías y miedos de su infancia, y las experiencias de vivir en medio de una naturaleza aún intocada por el hombre. Curiosamente, esta pequeña novela fue escrita bajo las higueras de la chacra que tenía su padre cerca de El Canelo, en el Cajón del Maipo, no muy lejos de Santiago.

Sí, las higueras le transmitieron visiones y leyendas. Fueron algo así como sus hadas madrinas.

COLECCIÓN DELFIN DE COLOR



DELFIN VERDE

Desde 7 años

Hernán del Solar

LA POROTA

Charles Perrault

CUENTOS DE PERRAULT

Jakob y Wilhem Grimm

CUENTOS DE GRIMM

Hans Christian Andersen

CUENTOS DE ANDERSEN

Alicia Morel

AVENTURAS DEL DUENDE MELODÍA

DELFIN AZUL

Desde 9 años

Pearl S. Buck

YU LAN, EL NIÑO AVIADOR DE CHINA

Raymond L. Bruckberger

LA CIGÜEÑA Y LAS JOYAS

Edmundo de Amicis

CORAZÓN

Saúl Schkolnik

CUENTOS DE LOS DERECHOS DEL NIÑO



Desde **7** años

¡Cuántas aventuras corre el Duende Melodía con los seres que habitan el bosque cercano! Desde luego, con su infatigable amiga la Hormiguita Cantora; con la bruja Picarona, su vecina de la callampa corredora; con el señor Caracol y la pequeña rana de Darwin; con el cristalino Padre Río y el Gusano Quitapenas; con la joven Codorniz primeriza y el detectivesco Cururo...

A Alicia Morel la dejaban, cuando pequeña, bajo una higuera. Allí adquirió la costumbre de contar cuentos. Algunos terremotos convencieron más tarde a esta escritora chilena de que las casas volaban. Un tarjetero de marfil de su madre la familiarizó con los dioses chinos... Esta fue la atmósfera en que creció la imaginativa autora de **La Hormiguita Cantora** y el **Duende Melodía** y de tantas otras obras que inflaman y deleitan la fantasía de los niños de hoy.



9 789561 208605 >